

Escoria de la tierra

Colección

Los libros de Mendel

1

Escoria de la tierra

Arthur Koestler

Epílogo de **Sergio Campos Cacho**



Título: *Escoria de la tierra*

Título original: *Scum of the Earth*

© Intercontinental Literary Agency Ltd, 2023

© De esta edición, Ladera Norte, 2023

© De la traducción original, Román A. Jiménez

© De la traducción del prefacio y de las adiciones y cambios,
Verónica Puertollano, 2023

Primera edición: septiembre de 2023

Diseño de cubierta y colección: ZAC diseño gráfico

© Fotografía de cubierta, Bundesarchiv, Bild 146-1971-083-01 /
Tritschler / Licencia CC-BY-SA 3.0

© Fotografía de solapa, Eric Koch para Anefo, 1969 / Nationaal
Archief / Licencia CC BY-SA 3.0.

Publicado por Ladera Norte, sello editorial de Estudio Zac, S.L.
Calle Zenit, 13 · 28023, Madrid

Forma parte de la comunidad Ladera Norte:

www.laderanorte.es

Correspondencia por correo electrónico a: info@laderanorte.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones que marca la ley. Para fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra, diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos), en el siguiente enlace: www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-1211-522-2

Depósito Legal: M-19166-2023

Impreso en España

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad



Nota de los editores

Scum of the Earth, primer libro en inglés de Arthur Koestler, fue escrito en los primeros meses de 1941, cuando Inglaterra resistía, sola y heroica, los embates del nazismo. Tuvo múltiples reimpressiones en Gran Bretaña y Estados Unidos, incluida una edición no venal para el Left Book Club. En 1955, Koestler publicó una segunda edición en la que solamente corrigió algunos errores puntuales. En los años sesenta, bajo el sello de Hutchinson of London y con el nombre genérico de «Danube Edition», se publican sus obras completas, revisadas por él mismo. La tercera y definitiva edición de *Scum of the Earth* aparece así en 1968, con cambios y retoques de cierta importancia en términos de eficacia narrativa, pero sin que Koestler modificara, con buen criterio, los errores producto de juzgar los hechos en el momento.

En el prefacio de esta edición, Koestler revela la identidad de muchos de los protagonistas que, por razones de seguridad, habían permanecido con nombre falso en las ediciones anteriores del libro. Así nos enteramos, por ejemplo, de que Mario, el estoico compañero de campo de concentración de Koestler, era en realidad el destacado escritor y antiguo partisano italiano Leo Valiani.

En español, pese a tratarse de un libro indispensable, sólo había sido publicado en 1943 (y reimpresso en 1951) en Buenos Aires, por Editorial Sudamericana, con traducción de Román A. Jiménez, traductor entre otros de John Steinbeck.

Esta es la primera edición en español de la «Danube Edition» y el regreso de un clásico a las librerías del mundo hispano tras más de setenta años. Verónica Puertollano traduce las adiciones y cambios de la edición definitiva, revisa la traducción original y aporta oportunas notas para una cabal comprensión del contexto histórico y lingüístico en el que fue escrito el libro. Adicionalmente, nos ha parecido oportuno distinguir las notas del autor de la edición original de 1941 y de la edición definitiva de 1968.

Índice

Nota del autor a la primera edición	9
Prefacio a la «Danube Edition»	11
Escoria de la tierra	17
Agonía	19
Purgatorio	69
Apocalipsis	161
Consecuencias	223
Epílogo	283
Epílogo de Sergio Campos Cacho: Verdad de un libro	289

Nota del autor a la primera edición

Este libro fue escrito entre enero y marzo de 1941, antes del ataque alemán contra Rusia; sin embargo, el autor no ve motivos para modificar sus observaciones sobre los efectos psicológicos del pacto germano-soviético de agosto de 1939 o su opinión sobre las políticas del Partido Comunista en Francia. Meter de contrabando elementos de un conocimiento posterior, al describir el modo de pensar de gentes determinadas en un período dado, es una tentación corriente entre escritores que se debería resistir.

Agosto de 1941

Prefacio a la «Danube Edition»

Escoria de la tierra fue el primer libro que escribí en inglés. Fue escrito entre enero y marzo de 1941, inmediatamente después de haber escapado de la Francia ocupada a Inglaterra. Mis amigos, o bien estaban en manos de la Gestapo, o bien se habían suicidado, o se habían quedado atrapados, sin aparente esperanza, en el continente perdido. La agonía del colapso francés reverberaba en mi cabeza como un grito de terror resuena en los oídos. En los años anteriores había estado encarcelado en tres países diferentes: en España, durante la Guerra Civil; como indeseable extranjero en Francia; y, por último, tras haber escapado a Inglaterra con documentación falsa en el momento culminante del pánico a la quinta columna, me encerraron en la prisión de Pentonville mientras se llevaba a cabo la investigación. El libro fue escrito en el Londres sin luz bajo los bombardeos nocturnos, en un breve respiro entre mi salida de Pentonville y mi alistamiento en el Pioneer Corps. No sólo iba corto de tiempo; también de dinero. Al haber perdido todas mis posesiones en Francia, llegué a Inglaterra sin un solo penique, y tuve que vivir del adelanto que me habían pagado los editores originales del libro: cinco libras semanales durante las diez semanas que me llevó escribirlo, más diez libras adicionales a la entrega del manuscrito, menos el pago a una persona para que lo mecanografiara y otros gastos varios deducidos de las cinco libras semanales.

Al releer el libro después de todos estos años, veo que esas presiones externas e internas se reflejaron en su ánimo apocalíptico, su espontaneidad y lo poco pulido que está. Algunas páginas resultan ahora insufriblemente melodramáticas; otras están salpicadas de clichés que, sin embargo, en aquella época, parecían descu-

brimientos originales para el inocente explorador de un nuevo idioma; sobre todo, el texto delata que no hubo tiempo para la corrección de galeras. Remediar estas faltas supondría reescribir el libro, lo cual sería una empresa absurda, puesto que, si esta historia posee algún valor, es su carácter documental sobre un determinado periodo. Me he limitado a corregir sólo los galicismos, germanismos y lapsus gramaticales más flagrantes, y a añadir algún retoque estilístico aquí y allá.

Que se trata de un libro de su tiempo lo evidencia sobre todo su punto de vista político. Es el punto de vista romántico e ingenuamente izquierdista de los *Pink Thirties*¹. Había estado afiliado siete años al Partido Comunista, del que me fui asqueado en 1938, pero aún mantenía ciertas ilusiones sobre la Rusia soviética y «la solidaridad internacional de las clases obreras como mejor garantía para la paz», que se reflejan a lo largo del libro. Esto es, de nuevo, típico de la época; de un momento en el que mi difunto amigo George Orwell, de temperamento menos romántico que el mío, pudo escribir que:

la guerra y la revolución son inseparables [...] Sabemos muy bien que con su estructura social actual Inglaterra no podrá sobrevivir [...] No podemos ganar la guerra sin introducir el socialismo. O convertimos esta guerra en una guerra revolucionaria, o la perderemos².

Si bien todo esto está ya desfasado, otros aspectos de la historia no han perdido, por desgracia, su dolorosa vigencia. La enfermedad de la clase política francesa, que condujo a la *débâcle* de 1940, se manifiesta hoy de forma distinta, pero amenaza una vez más con trastocar la unidad del mundo occidental.

1. Los *Pink Thirties* (los «rosados años 30») es un nombre que se aplicó en Inglaterra a esa década del pasado siglo, en la que intelectuales de todo el mundo acogieron con satisfacción el triunfo de la revolución en la Unión Soviética. (*N. de la T.*)

2. George Orwell, *The Lion and the Unicorn (El león y el unicornio)*, Londres, 1941. (*N. del A., 1968*)

Para proteger a las personas que aparecen en el libro que eran perseguidas por la Gestapo, tuve que camuflarlas; por motivos similares, fue necesario mantener el silencio sobre algunos episodios. Los amigos que se estaban escondiendo conmigo de la policía francesa en París eran el difunto Henri Membré, secretario del PEN Club francés, y Adrienne Monnier, esa admirable mujer de las letras. El «padre Darrault» se llama en realidad padre Pieprot, O. P., hoy secretario general del Congreso Internacional de Criminología. «Albert» era el escritor germano-estadounidense Gustav Regler. Entre los varios personajes del barracón n.º 33 del campo de concentración de Le Vernet, referidos sólo por sus iniciales, estaban los dirigentes comunistas alemanes Paul Merker y Gerhardt Eisler. Por último, está «Mario», del que debo decir alguna cosa más.

Su verdadero nombre es Leo Valiani. No había cumplido aún los treinta cuando nos conocimos, pero ya había pasado nueve años en la cárcel por pertenecer a la clandestinidad antifascista. Se escapó de Le Vernet en octubre de 1940, y en 1943 regresó a Italia con la ayuda de los británicos para unirse a la Resistencia. En 1945 fue uno de los tres miembros del Comité Central insurrecto que organizó la rebelión contra los nazis y ordenó la ejecución de Mussolini. En 1946, fue elegido para la Asamblea Constituyente. Tres años después, se retiró de la política, publicó sus memorias de la Resistencia y una serie de libros que trataban desde la historia del movimiento socialista hasta una evaluación crítica de la filosofía de Benedetto Croce. Ha seguido siendo uno de mis más íntimos amigos a lo largo de los años.

La narración de *Escoria de la tierra* acaba en agosto de 1940 con mi llegada a los cuarteles de la Legión Extranjera en Marsella haciéndome pasar por el legionario Albert Dubert. Allí uní fuerzas con tres oficiales británicos y un sargento del Estado mayor que habían escapado del cautiverio alemán y habían sido internados por los franceses en el fuerte de Saint-Jean. Por motivos de seguridad, la historia de nuestra huida a Casablanca a través de Orán, y desde allí a Lisboa en un buque pesquero para llegar finalmente a Inglaterra,

no la pude contar en su momento, y no tendría sentido abundar en ella ahora. Es la historia de una huida como la de tantas otras decenas que se han contado desde entonces, salvo en un aspecto. Conciérne a un miembro de los servicios de inteligencia británicos, con quien establecimos contacto en Casablanca, y al que conocíamos como «señor Ellerman». Fue debido a su genio para la improvisación como los cuatro, más otros aproximadamente cincuenta fugados, pudimos embarcar en aquel buque pesquero, que en cuatro días logró cruzar las aguas sorteando los submarinos alemanes y dejarnos en el puerto de la neutral Lisboa.

Todos coincidimos en que nuestro rescatador era el personaje más misterioso e impresionante que habíamos conocido jamás. Sea cual sea la idea de oficial de la inteligencia militar que uno tenga, él no encajaba con ella. Tenía cuarenta y muchos años, y era alto, elegante, decente, encantador, sofisticado y aristocrático. Podrían habérselo inventado Evelyn Waugh o Nancy Mitford, pero nunca Ian Fleming. Respecto a la política era sorprendentemente ingenuo; sus principales intereses eran al parecer la arqueología, la poesía, la gastronomía y el bello sexo. En una palabra, nuestro Ellerman pertenecía a una especie extinta como la del mítico unicornio: él era un *grand seigneur* europeo. Digo «europeo» porque hablaba seis lenguas del continente sin que se le notara el acento, además de hebreo y árabe.

Sabía que Ellerman no era su verdadero apellido. Desde que nos separamos en Lisboa no dejé de intentar descubrir su identidad para ponerme en contacto con él, pero los poderes fácticos no cooperaron. En algún momento me dieron a entender que había muerto en el transcurso de una misión, así que me rendí. En mayo de 1967, veintiséis años después, leí la siguiente pieza en el diario londinense *The Times*:

El hermano del embajador era nuestro espía

Es posible que no tarde en contarse por primera vez la asombrosa historia de alguien que perteneció a una de las más insignes familias de la Alemania de preguerra y que, era tal su indignación con el régi-

men de Hitler, renunció a todo —a su exitosa carrera profesional, a su riqueza y a su fama— para convertirse en un agente británico. El barón Rüdiger von Etzdorf, hermano mayor del doctor Hasso von Etzdorf, embajador ante Gran Bretaña entre 1961 y 1965, murió en Londres hace tres semanas, a los setenta y dos años, sin gloria ni reconocimiento. [...]

Von Etzdorf —prescindió de su título alemán cuando adquirió la nacionalidad británica en 1946— estuvo en la armada alemana en la Primera Guerra Mundial y luchó en Jutlandia. Su padre era buen amigo del káiser y estuvo de visita en Sandringham en los tiempos del rey Eduardo VII. Su extraordinaria historia comienza en 1935, cuando los servicios de inteligencia se dirigieron a él en Londres y le pidieron que trabajara para ellos.

Para entonces, se había convertido en una especie de trotamundos, después de advertirle a su hermano Hasso de que Hitler iba directo a la guerra, y de que éste le respondiera que no dijera ridiculeces.

Una de sus primeras misiones fue en Italia, para informar a Londres de las relaciones entre Italia y Alemania. Cuando estalló la guerra, se encontraba en Trípoli, y organizó una ruta de escape para los soldados británicos tras la caída de Francia. Una de las personas que pudo salir por esta vía fue Arthur Koestler. [...]

En un convoy que cruzó el Atlántico, el suyo fue el único barco que lo atravesó intacto. Antes de la guerra le presentaron varias veces a Hitler, y «ese nazi bajito le resultaba desagradable en todo», cuenta la señora Von Etzdorf.

Después de la guerra, Von Etzdorf no tuvo una vida fácil. Las relaciones con su familia se habían enfriado un tanto, aunque sí se vio con su hermano cuando estuvo de embajador en Londres. [...] Pero, como dice un amigo de la Embajada alemana, nunca se mostró resentido: «Era un hombre de gran valentía y determinación; uno de los últimos caballeros de verdad»³.

3. *The Times*, 25 de mayo de 1967. (N. del A., 1968)

Después de que las autoridades británicas en Lisboa nos felicitaran por nuestra huida, a cuatro de mis compañeros los trasladaron por vía aérea a Inglaterra, mientras que a mí me informaron de que no podía ir, al no tener la documentación en regla ni visado. Esperé dos meses, pero nunca me concedieron el visado; «Ellerman» intentó ayudar, pero nada pudo hacer ante la burocracia del gobierno. Al final, decidí viajar a Inglaterra sin visado, aunque me advirtieron de que, en vista de la negativa del Ministerio del Interior y el pánico a la quinta columna, esto supondría otro periodo de encarcelamiento o internamiento. Con la connivencia del cónsul general británico en Lisboa, *sir Henry King*, y la ayuda de Walter Lucas, corresponsal de *The Times*, logré embarcar en un avión holandés hacia Inglaterra. En Bristol, donde aterrizamos, le entregué a un funcionario de Inmigración una declaración escrita donde explicaba mi caso, y, tal como esperaba, me arrestaron de inmediato. Pasé una noche en una comisaría de Bristol, me llevaron escoltado a Londres y estuve seis semanas en la prisión de Pentonville, en confinamiento solitario, durante los bombardeos. No fue una estancia grata, pero sabía que todos y cada uno de mis amigos atrapados en el continente ocupado habrían cambiado con mucho gusto su lugar por el mío.

Salí de la cárcel de Pentonville unos días antes de la Navidad de 1940, y empecé a escribir este libro.

A.K.

Londres, primavera de 1968

Escoria de la tierra

*A la memoria de mis colegas, los escritores desterrados de Alemania
que se quitaron la vida cuando Francia cayó:*

WALTER BENJAMIN	CARL EINSTEIN
WALTER HASENCLEVER	IRMGARD KEUN
OTTO POHL	ERNST WEISS

Y para

PAUL WILLERT

sin cuya ayuda este libro no hubiese podido ser escrito.

Agonía

Como el tallista de camafeos de Herculano, quien —mientras la tierra se agrietaba, bullía la lava y llovían las cenizas— continuó con calma la talla de la diminuta piedra.

ROBERT NEUMANN, *En aguas de Babilonia*

I

En algún momento, durante los últimos años del reinado de la reina Victoria, el príncipe de Mónaco tuvo una querida anglófila que quería tener un cuarto de baño propio. El príncipe construyó para su querida una villa, con un auténtico cuarto de baño, con suelo de parquet y láminas a color de caballeros con armadura y de exuberantes damas con polisones, alimentadas con Benger's Food⁴, que adornaban todas las paredes. El príncipe construyó la villa a una prudente distancia de su propia residencia de Mónaco: a unos ochenta kilómetros valle del Vésubie arriba y a unos quince kilómetros de la frontera italiana, en la comuna de Roquebillière, del *département des Alpes-Maritimes*. Con el tiempo y el alborear del siglo XX, la refinada meretriz se convirtió en una respetable vieja *rentière*, dejó que el cuarto de baño perdiera su esplendor, plantó coles en su jardín y, finalmente, murió. Durante unos veinte años, la casa permaneció vacía y el jardín volvió al estado natural.

Pasado este tiempo, hacia finales de los años veinte, se produjo en el valle del Vésubie un desprendimiento de tierras que destruyó cincuenta de las cien casas de Roquebillière y mató a sesenta de sus quinientos habitantes. Como consecuencia, los alquileres y rentas descendieron mucho en la localidad, y, en 1929, Maria Corniglion,

4. Nombre comercial de un producto en polvo que se mezclaba con leche, «compuesto de enzimas como las que obran el milagro de la digestión humana» para «bebés, niños e inválidos», según su propia publicidad. (*N. de la T.*)

esposa de Corniglion del Puente, indujo a su marido a que comprara la villa con cuarto de baño a los herederos de la difunta dama.

Ettori Corniglion era un campesino que todavía se dedicaba a cultivar por sí mismo sus dos hectáreas de tierra, con un arado primitivo y un par de bueyes, pero Maria Corniglion era una mujer emprendedora que había aportado al matrimonio una dote respetable. Los Corniglion del Puente eran gente más acomodada que Corniglion el Abacero y Corniglion el Carnicero. La señora de Ettori Corniglion era también por nacimiento una Corniglion —en unos treinta kilómetros aguas abajo del Vésubie, a partir de Saint-Martin, un tercio de la población era Corniglion—. Se casaban entre sí frecuentemente, producían un notable porcentaje de tullidos y de idiotas y contaban con las tumbas de mármol y los sepulcros familiares más imponentes de los cementerios del viejo Roquebillière, del nuevo Roquebillière y de Saint-Martin. El único hijo de Ettori y Maria Corniglion era cojo y maestro de escuela en Lyon; durante las vacaciones, que pasaba en la casa familiar, apenas pronunciaba una palabra y leía a Dostoievski y a Julian Green. La hija del matrimonio era también maestra de escuela; tenía unos treinta años y se estaba convirtiendo rápidamente en una vieja solterona, con un espeso bigote que se rasuraba con una maquinilla de afeitar. El hecho de que los dos hijos de los Corniglion hubieran llegado a ser miembros del *corps d'enseignement* era prueba patente del ambicioso carácter de la madre. *Mme.* Corniglion proporcionó otra prueba de ello, al fijar en la puerta de su granja, el año anterior al desprendimiento de tierras, un cartel con la inscripción: «HÔTEL ST. SÉBASTIEN». Su tercer logro notable fue la adquisición de la villa. Pero el viejo Ettori puso aquí término a las extravagancias de su esposa: no quiso oír hablar de reparar y amueblar la villa. Plantó en la mejor parte del jardín diversas clases de lechugas y hortalizas e instaló a un cerdo en el corral. En cuanto a la villa misma, permaneció vacía y sin ser tocada durante otros diez años. En total, habían transcurrido treinta años desde el fallecimiento de la propietaria y, en el momento en el que hicimos nuestra aparición, las ratas y ratones

originales habían sido sucedidos por la tricentésima sexagésima generación de sus descendientes.

Nosotros éramos tres: Theodore, G. y yo. Durante las tres últimas semanas, desde Marsella hasta Menton y por los valles de los *Basses-Alpes* y los *Alpes-Maritimes*, habíamos buscado una casa conveniente para instalarnos. Aunque nuestras pretensiones eran muy modestas, no habíamos encontrado aún lo que queríamos. Queríamos una casa con cuarto de baño. G. es escultora; quería una habitación que le sirviera de estudio, con ventanas que reunieran ciertas condiciones de luz. También quería una casa tranquila, sin vecinos y sin radio en quinientos metros a la redonda, pues era ella la que tenía que hacer todo el ruido con su martillo y sus cinceles. Yo quería terminar de escribir una novela, que se iba a titular *Darkness at Noon*⁵, por lo que la casa debía tener paredes sólidas y gruesas, que apagaran el ruido del martilleo de G.; mi habitación tenía que estar amueblada con sobriedad y sencillez, como una celda monacal, pero, al mismo tiempo, con ciertas comodidades hogareñas. Después, queríamos un refugio para Theodore. Theodore era un Ford nacido en 1929, con un noble árbol genealógico en el que figuraban ocho propietarios anteriores. El tercer propietario le proporcionó una nueva carrocería y el quinto un nuevo motor. Si es cierto que el cuerpo humano se renueva completamente cada siete años, por una continua sustitución de las células que constituyen sus órganos vitales, cabe decir que Theodore era un coche nuevo. Su único inconveniente era la necesidad de llevar siempre dos galones de agua en su maletero para apagar su sed, porque era incapaz de retener el líquido en su radiador y lo dejaba escapar, en parte hacia arriba, en forma de vapor y espuma, y en parte hacia abajo, por varias grietas. De ahí que la cochera de la casa que buscábamos debía tener un fácil acceso, a fin de evitarle a Theodore aquellos saltos y sacudidas hacia adelante y hacia atrás que tanto le fastidiaban; al tercer cambio de velocidad, tenía un acceso de megalomanía y comenzaba a despedir nubes de vapor, creyéndose

5. «Oscuridad a mediodía», publicada en español como *El cero y el infinito*. (N. de la T.)

una locomotora. Además, la salida de la cochera debía tener cierto declive que ayudara a Theodore a arrancar, porque sólo respondía al botón de arranque con unos cuantos hipos y risitas, como si el mecanismo le hiciera cosquillas. Queríamos mucho a Theodore; tenía todavía muy buen aspecto, especialmente de perfil.

Llegamos al Hôtel St. Sébastien una madrugada, a eso de las dos. Todo estaba muy oscuro y muy tranquilo. Hicimos sonar nuestra bocina durante algún tiempo y Theodore rugió en la noche como un león hambriento, hasta que por fin *Mme. Corniglion* hizo acto de presencia. Al principio de conocernos, hubo un mutuo malentendido: nosotros tomamos al St. Sébastien por un hotel de verdad y *Mme. Corniglion* a nosotros por unos ricos veraneantes. Pero, a la mañana siguiente, cuando vio a Theodore, hubo en sus ojos de vieja campesina una repentina expresión socarrona. Se sentó a la mesa donde desayunábamos y, después de algunos rodeos preliminares y de una furtiva mirada alrededor para cerciorarse de que no la escuchaban, nos ofreció alquilarnos una villa con jardín, cuarto de baño, un gran cobertizo como cochera, un ático muy tranquilo donde el caballero podría escribir sus versos y todas las comodidades modernas. Desde luego, necesitaría varios días para limpiar y arreglar todo, porque la casa había quedado desocupada durante unas cuantas semanas, debido a la enfermedad de una tía en Périgueux. Visitamos la casa y nos gustó en seguida. Era exactamente lo que estábamos buscando.

Convinimos en que nos mudaríamos a la casa al cabo de tres días. Comeríamos y cenaríamos en el Hôtel St. Sébastien; el desayuno nos lo serviría la muchacha que vendría todas las mañanas a hacernos la limpieza. Tendríamos que pagar 30 francos por día y persona —o 5 libras por mes—, por la villa, el jardín, la comida, el servicio y el *vin à discrétion*, o sea, todo el vino que quisiéramos tomar o fuéramos capaces de resistir.

Nuestra intención era quedarnos allí tres o cuatro meses, trabajar y beber *vin à discrétion*. Nos sentíamos muy felices. Nos mudamos a la casa a primeros de agosto de 1939, en los momentos en los que